

Por CARLOS ESPLA
Redactor de NOSOTROS

LA LUCHA POR EL CARBÓN

Las graves dificultades interiores con que lucha el gobierno francés no le han impedido llevar al cabo un trascendental acto de política exterior. En París acaba de firmarse el nuevo pacto de Francia con el Sarre, en virtud del cual esta importante cuenca minera queda económicamente unida a Francia y políticamente autónoma, excepto en lo relativo a las cuestiones de defensa y política exterior. El pacto consta de varios acuerdos que regulan las relaciones entre Francia y el Sarre en materia administrativa, aduanera, monetaria, de coordinación de servicios y explotación de minas y ferrocarriles. En resumen, durante cincuenta años el carbón del Sarre será para Francia.

El territorio del Sarre, con 1,900 kilómetros cuadrados y poco más de 900,000 habitantes de lengua alemana, está situado al sudoeste de la Alemania renana, junto a la frontera francesa de Lorena. En la secular rivalidad francoalemana, el Sarre ha sido de antiguo una de las zonas disputadas. Al embate de las circunstancias, desde los tiempos de Napoleón, su dominio ha cambiado cinco veces de Alemania a Francia. Es una región muy rica, el tercer centro productor de carbón en Europa. Cuenta con 70,000 trabajadores de las minas, cuya producción oscila entre 12 y 15 millones de toneladas de carbón al año. La posesión del Sarre concede, pues, a Francia, o a Alemania, según los cambios políticos, una sólida base para su prosperidad industrial.

Después de la primera guerra mundial, el Sarre quedó provisionalmente bajo la tutela de la Sociedad de Naciones (con privilegios mineros en beneficio de Francia para el pago de reparaciones) hasta la celebración de un plebiscito, que se efectuó en 1935 y en el cual una abrumadora mayoría decidió la reincorporación al Reich. A tal resultado no fueron ajenos, desde luego, los procedimientos electorales de los nazis, que emplearon a fondo en el Sarre sus sistemas de violencia y persecución contra los sospechosos de francofilia. Al final de la segunda guerra mundial, las tropas francesas ocuparon dicho territorio y las potencias vencedoras acordaron,

en la Conferencia de Moscú, establecer, hasta la firma del tratado de paz, un régimen provisional, que es, aproximadamente, el que ahora ha tomado forma en el pacto que acaba de firmarse en París. Pero, desde el acuerdo de Moscú, la situación de Alemania ha cambiado profundamente, con sus dos gobiernos, uno en la zona oriental y otro en la occidental, y la casi imposibilidad de que los vencedores lleguen a ponerse de acuerdo para el tratado de paz.

Ante esta situación, el gobierno de Bonn esperaba prolongar la interinidad; es decir, confiaba poder aplazar la integración del Sarre en la unidad económica francesa, aun reconociendo la autonomía de dicho territorio, hasta el punto de aceptar el ingreso del Sarre autónomo, al mismo tiempo que el de la Alemania occidental, en el Consejo de Europa. El gobierno de Bonn consideraba, en suma, que la falta de un tratado de paz con las potencias vencedoras daba un carácter suspensivo al acuerdo de Moscú, mientras que Francia ha estimado, con una interpretación más justa de dicho acuerdo, que debía llegarse al pacto ahora concertado, a reserva de su aprobación definitiva en el futuro tratado de paz.

CONSECUENCIAS DEL PACTO

En realidad, Francia crea así una situación, no ya de hecho, sino de derecho en favor de sus intereses, sin desconocer al propio tiempo los del Sarre, pues las minas quedan propiedad de dicho territorio, y Francia pagará un canon por el carbón que extraiga de las minas durante los cincuenta años de duración del pacto.

Naturalmente, éste ha sido posible por la buena disposición del gobierno del Sarre, que preside Johannes Hoffman, líder del partido Popular Cristiano. Aunque el gobierno de Bonn ataca al del Sarre acusándolo de no ser representativo, lo cierto es que ocupa el poder tras unas elecciones irreprochables, aunque apasionadas, celebradas en octubre de 1947, bajo fiscalización internacional. En dichas elecciones, los tres principales partidos sarrenses, el Popular Cristiano, el Socialista y el Demócrata, abogaron por la unión económica con Francia y la autonomía política (o sea, la solución

formalizada en el pacto), frente al Partido Comunista, que propugnaba la anexión a Alemania, y que obtuvo sólo el 8 por ciento de los votos, y, en otro extremo, un pequeño grupo de partidarios de la anexión total a Francia.

La firma del pacto de París ha provocado una airada protesta del canciller de la Alemania occidental, Konrad Adenauer, quien afirma que dicho convenio fomentará el nacionalismo alemán. En el fondo, la protesta de Adenauer tiene por objeto arrebatarse esa bandera a los nacionalistas. Consiste, pues, en hacer nacionalismo para evitar que lo hagan los demás.

Impulsado por su oposición al pacto, Adenauer ha llegado a ofrecer, si el Sarre vuelve a Alemania, una unión francoalemana, a la que podrían sumarse más tarde Gran Bretaña y los países del Benelux. Iniciativa improvisada, sin posibilidad efectiva, al mismo tiempo que se anuncia que el gobierno de Bonn no aceptará ya la convivencia con el Sarre autónomo en el Consejo de Europa.

De suerte que, al hablar de unión, lo que realmente se amenaza es la unidad europea.

TRIUNFAN LOS PARTIDOS LIBERALES

A mediados del mes de octubre terminaba en Grecia la guerra civil que, durante cerca de cinco años, ensangrentó aquel país, y ahora se han celebrado las elecciones que debían ser la liquidación definitiva de aquella lucha. Aun es pronto para decir si lo será.

El anterior parlamento griego fué elegido en 1946, y en él tenía mayoría el partido populista dirigido por Constantino Tsaldaris, el antiguo conspirador contra la República. Las maniobras políticas de Tsaldaris —desde el gobierno en el destierro hasta el sorprendente plebiscito que devolvió el trono al rey Jorge— contribuyeron en gran parte a la guerra civil, cuyo origen hay que buscarlo, en cierto modo, primero en la indignación popular al ver entregada la causa de la liberación de Grecia a los metaxistas, y luego al ver que se imponía al pueblo griego un rey que por tres veces había repudiado. Tales hechos, apoyados equivocadamente por Inglaterra y los Estados Uni-

dos, dieron vigor a las guerrillas que habían actuado durante la resistencia y que pronto dominaron los comunistas, los cuales llegaron a formar un gobierno.

Los mismos desengaños que llevaron a unos hombres a las guerrillas, llevaron a ciertos políticos a la claudicación o al escepticismo. No ciertamente al general Plastiras, viejo luchador republicano, director del movimiento revolucionario que destronó al rey Constantino en 1922, y que, después de más de veinte años en el destierro —que pasó en Francia, trabajando como comisionista— gobernó en Grecia, antes de la restauración monárquica, con libertad y paz.

Plastiras, jefe de la Unión Nacional Progresista, ha sido en estas elecciones el elemento principal de la oposición frente al monárquico derechista Tsaldaris. Contra éste han luchado también los liberales dirigidos por Sófoles Venizelos, y el Frente Democrático (coalición republicana) encabezada por Sofianopoulos. Otros muchos partidos —hasta 26, de los cuales más de la mitad tenían representación en el anterior Parlamento— han tomado parte en las elecciones, de las que quedó excluido sólo el Partido Comunista, declarado fuera de la ley.

El sistema electoral, de representación proporcional, practicado en Grecia retrasa el conocimiento del número de diputados triunfantes de cada partido para constituir la nueva Cámara, que constará de 250 representantes. Pero la votación arroja una suma de sufragios (cerca de 700,000) para los tres partidos más importantes de la oposición a Tsaldaris, si bien éste ha obtenido 270,000, con unos 9,000 de mayoría sobre el Partido Progresista de Plastiras, que es el que mayor número de votos ha obtenido entre los opositores. Se calcula que los partidos liberales tendrán, unidos, suficiente mayoría en la Cámara y, para obtener el poder, han anunciado ya su coalición.

Si ésta gobernase, se procedería seguramente a una verdadera liquidación política de la pasada guerra civil, con amnistía para los vencidos. Pero Tsaldaris procurará todavía impedir que gobiernen sus adversarios, tratando de deshacer esa coalición, y formando otra para gobernar él.